

PROTOCOLO Y RITUAL EN QUETZALTENANGO

Anaité Galeotti

Universidad de San Carlos, Guatemala

Resumen

En este artículo se realiza una comparación entre una boda efectuada en los años cuarenta y otra efectuada en los años setenta del siglo XX, ambas analizadas en la dinámica sociedad k'iché de la ciudad de Quetzaltenango para identificar cuáles elementos se han mantenido o han mutado en dicho período.

Résumé

Dans cet article une comparaison est réalisée entre une noce effectuée dans les années quarante et l'autre effectuée dans les années soixante-dix du XXe siècle, les deux effectuées dans la société dynamique k'iche de la ville de Quetzaltenango et quels éléments se sont maintenus ou ont muté dans la dite période.

Palabras clave: Ciudad de Quetzaltenango, vida social y costumbres, rituales, tradiciones, sociedad maya k'iché.

Introducción

Los matrimonios k'ichés de la ciudad de Quetzaltenango, en los Altos de Guatemala, son impresionantes en todos sus aspectos, pues cumplen estrictamente las distintas fases del ritual dentro de un protocolo establecido desde hace más de quinientos años. En este artículo se describirán y analizarán las características que tenía una boda maya hacia los años cuarenta del siglo XX para posteriormente describir otra efectuada en la década de los años setenta del mismo siglo, y lo que fue cambiando en ambas como ceremonias ligadas a antiguas costumbres tradicionales de la sociedad urbana k'iché de la ciudad de Quetzaltenango, así como de otros pueblos indígenas.

Los rituales más importantes

Para todo aquel que no es quezalteco, puede resultar una novedad enterarse de que la comunidad k'iché de esa ciudad es, sin lugar a dudas, la más próspera económicamente de todas las comunidades indígenas de Guatemala, es una colectividad fuertemente concelebrante. Podría decirse que todos los sábados y domingos son días de fiesta y compromisos. En la cultura k'iché –como ocurre con todos los pueblos originarios– es muy importante ofrendar, celebrar, concelebrar y comprometerse. Es una manera de pertenecer y ser parte de un todo con su propia fuerza cultural, pese a estar en la marginalidad de ese estado-nación guatemalteco inconcluso. Por ello, el *Protocolo k'iché* es una de las expresiones tangibles de una sociedad en cuyo interior aún perviven linajes antiguos y rituales extraordinariamente vivos que se han modificado relativamente poco en los últimos sesenta años.

El prestigio en el mundo indígena no radica en la posesión de bienes materiales como ocurre en el mundo ladino, sino en el servicio a su comunidad y en la manera como se responde a los compromisos. No olvidemos que una de las organizaciones más antiguas de Guatemala –de tipo social-gremial–, que es expresión de ese compromiso y corresponsabilidad ante el colectivo, es la Sociedad El Adelanto, con más de cien años de existencia y conformada íntegramente por k'ichés. La sociedad se fundó y aún continúa en funciones en la ciudad de Quetzaltenango, de tal manera que la forma de concelebrar en los matrimonios k'ichés aún guarda debidamente el protocolo en bautizos, casamientos o devoluciones de niños dioses robados, o bien en la celebración de la elección de la *Umial Tinimit Re Xelaju'j N'oj* (o hija del Pueblo de Xelahu Noj), así como en pedidas de mano u otro tipo de compromisos sociales. En todos ellos se utiliza la experiencia del experto en el ritual, del guía que va a llevar paso a paso todo el desarrollo de la ceremonia. Este guía llamado tartulero¹ o *K'amal B'e* que significa *guía o conocedor del camino* (del protocolo), va a ir paso a paso, manteniendo la tradición en cada momento de la ceremonia.

El ritual en los matrimonios k'ichés

Se acercan los setenta años de la boda entre la señorita Guadalupe Xicará y el joven Alejandro Ixquiatic Tepé efectuada en el año de 1943. La novia no poseía propiedades ni bienes materiales, pero era una experta bordadora de huipiles, con lo que se sostenía y ayudaba

¹ Apropiación k'icheizada de la palabra Tertulero, el que preside la tertulia.

PROTOCOLO Y RITUAL EN QUETZALTENANGO

a la economía familiar, poseyendo como único bien su destreza en tan prestigiada labor. Esta joven habitaba junto con su madre y abuela una pequeña casa en el barrio de la Transfiguración. La abuelita fue una increíble dama k'iché, traductora y abogada empírica que viajaba desde Quetzaltenango hasta la ciudad de Guatemala, en donde litigaba en los tribunales. Su trabajo consistía en resolver mediante la vía judicial una serie de conflictos entre indígenas, sobre todo a partir del complejo entramado de la posesión de la tierra en esa región. Dicha dama, hablante de k'iché, mam y español, tenía un bien fincado prestigio en la comunidad altense, prestigio que la nieta había heredado sobradamente.

D
o
s
s
i
e
r



Figura 1. Señoritas maya k'ichés de Quetzaltenango, Guatemala.

El novio pertenecía a una de las más ricas familias k'ichés de Quetzaltenango que poseían grandes extensiones de tierra en Pacajá y Llano del Pinal, así como varias casas de habitación en el barrio indígena de las Flores, de tal manera que el ritual exigía cumplir rigurosamente con todos los pasos establecidos. Contaba doña Lupita que para su boda se hicieron cinco pedidas o *tz'onoj*. En la primera -como era lo establecido- se hizo una comitiva formada por veinte personas adultas, todos ellos matrimonios de mucho prestigio para ir a pedir la mano de la joven. Esa primera pedida se hizo al inicio de la noche. Dicha comitiva llevaba canastos de pan, maíz, caña de azúcar, café y licor de “olla” para brindar, siendo encabezada por el *K'amal B'e* más elocuente de la ciudad. Y como era lo correcto y lo establecido, la puerta de la casa de la novia en esa ocasión no se abrió.

En la segunda pedida, a los veinte días de la primera, las mismas personas y más amigos y familiares del novio iban brindando alegremente con licor blanco *saq tzam* a lo largo de todo el recorrido, no solo para mitigar el frío de la noche sino para aliviar la tensión que

se sentía. Fue así como, al llegar a la casa de la novia, el tartulero comenzó a hablar en voz alta: “Venimos aquí... doña Fulana... a entregar el cariño de la familia Ixquiac”, etc., etc., y procedió a explicar el interés de tal comitiva. Tampoco se abrió la puerta esa vez. Adentro de la casa, la joven fue objeto de severa reprimenda por parte de madre y abuela, quienes fingieron indignación porque la hija ya “estaba hablando con un muchacho” (tenía un enamorado) y ellas “ni siquiera estaban enteradas”, todo ello dentro de los márgenes que debían existir en el ritual del compromiso.

Ya en la tercera pedida, siempre a los veinte días de la anterior, se habían sumado otros invitados que llevaban las ofrendas para el compromiso, habiendo agregado a los canastos de la pedida uno más con velas, fósforos y ocotes y otro con panela o piloncillo. Esta vez el tertulero empleó sus mejores argumentos para ablandar el corazón de la familia de la novia, y en ese momento se encendió una luz dentro de la casa y se abrió la puerta, apareciendo muy seria la abuela de la novia. Fue allí que el *K'amal B'e* hizo gala de sus dotes de convencimiento y finalmente la señora aceptó un canasto o dos, concertando la fecha para la próxima pedida.

Así fue como finalmente una noche, a dos meses de distancia de la anterior pedida, se abrieron las puertas de la casa de la joven y el cortejo pudo finalmente entrar. Para la ocasión, el piso de la vivienda estaba cubierto de agujas de pino que perfumaban el ambiente, y la anfitriona hizo gala de hospitalidad y amabilidad, aunque muchas veces agradecía con un gesto enigmático las palabras que la futura familia política sugería decir al *K'amal B'e*.



Figura 2. Damas maya k'ichés de Quetzaltenango, Guatemala, en cortejo nupcial.

Se degustaron tamales de arroz y se hizo

acompañar a los alimentos con licor industrial: la infaltable Indita Quetzalteca, la familiar bebida que acompañaba y aún acompaña todas las ceremonias en el altiplano guatemalteco. La concurrencia se despidió muy entonada alrededor de las once de la noche, quedando fijada la fecha para la última pedida.

En esta última ocasión, la familia de la novia acondicionó la habitación ceremonial de su casa cumpliendo con todo el ritual: pino recién cortado en el suelo, arco de hojas de pacaya en la entrada y flores en distintos puntos de la casa. A un lado del altar católico, con una imagen de la Virgen del Rosario y otras santas y santos de menor tamaño y jerarquía, cuatro cruces forradas de hojas de milpa y, al centro, la mesa principal. En dicha mesa se sentaron la abuela, la madre y la novia frente a los padres del joven, pero además estuvieron las madrinas de bautizo de ambos y la abuela del muchacho, además de una pareja principal de esposos, el tartulero y el copero, o sea, el encargado de servir las bebidas y mantener los vasos llenos para brindar.

Alrededor de tan importantes personajes, se sentaron los demás invitados de menor rango, quienes solo estarían como observadores y testigos. Y ahí procedieron a concretarse los acuerdos: fecha y hora de la boda, iglesia escogida y quiénes se harían cargo de los gastos de la muchacha. También se hizo el acuerdo de que la boda por la “*costumbre*”, es decir, de acuerdo a la cosmovisión maya, se haría en la casa de los papás del joven y que la mayoría de los gastos correrían por cuenta de ellos porque la familia de la novia estaba integrada solo por mujeres. En resumen: la boda se posponía por un plazo de un año, tiempo prudencial que consideraban las familias para que ambos jóvenes se conocieran y asumieran, como se esperaba, su compromiso. Por lo que la boda se efectuó en 1943.

Tal y como se había establecido, la ceremonia civil se efectuó en la municipalidad y la religiosa se hizo en la iglesia catedral de Quetzaltenango, siguiendo las convenciones de la época. Al finalizar la misa, el cortejo se dirigió a pie –como lo indicaba el ceremonial, ya que debía ser apreciado por el resto de la gente- hacia la casa donde se iba a celebrar la última ceremonia, la que revestía un carácter de gran importancia porque era la que refrendaba el compromiso frente a la comunidad k’iché. Y al finalizar esta ceremonia íntima en la casa del novio, en donde solo los familiares y los amigos más cercanos a las familias participaron, los jóvenes esposos entraron a la habitación nupcial alrededor de las nueve de la noche, mientras continuaba la fiesta.

A las tres horas de haber entrado, salió el joven

esposo con la sábana nupcial manchada de sangre y se la entregó a su señor padre. Éste muy emocionado la tomó en sus manos y la llevó al centro del salón principal donde había transcurrido la ceremonia de la *costumbre*, mostrando la sábana con sangre, prueba indudable de la virginidad de la novia. Costumbre bárbara por cierto, pero que para la sociedad k’iché de la época era necesaria, a fin de acallar maledicciones y calumnias.

La joven esposa, conocedora del ritual del casamiento, se levantó a las tres de la mañana del día siguiente, con el lucero nixtamalero (Venus), y se dirigió a la cocina de su nuevo lugar de residencia. Allí encendió el fogón y quebrantó maíz ya cocido (que su suegra le había preparado con anterioridad), mientras preparaba la masa de maíz para que quedara finamente molida, al mismo tiempo que ponía al fuego atole de pinole con chocolate, endulzado con piloncillo. Mientras éste se cocía, comenzó a tortear diminutas tortillas de no más de siete centímetros de diámetro, que iba colocando en un canastito adornado con una servilleta, que debía acompañar el ceremonial para la ocasión.

Al terminar de tortear preparó todo cuidadosamente en una bandeja como le había enseñado su madre, tapando el atole con una servilleta pequeña, a su lado un batidor y un jarrito de barro para beber, luego un canasto pequeño con las tortillas recién hechas y una salsa picante que también había preparado.

Al tener todos los alimentos debidamente aderezados, se dirigió a la habitación de sus suegros y, dejando la bandeja en el suelo, tocó la puerta con delicadeza. Desde adentro una voz le contestó: “Pase adelante, hija”. Era la primera madrugada en la casa de sus suegros y debía hacer todo con mucha calma y respeto pues, en parte, de eso iba a depender que los señores la apreciaran y trataran bien. Así que empujó la puerta y les dijo quedamente: “Buenos días, papá. Buenos días, mamá”. Era la primera vez que se dirigía a ellos así y lo hacía con sumo respeto y comedimiento.

–“Pase, Guadalupe”, le indicó el suegro.

Entonces se dirigió al lado de la cama donde dormía el señor y se hincó en el suelo frente a él. El señor se sentó a la orilla de la cama y recibió sus tortillas, el plato donde estaba la salsa picante y el atole. Mojó la tortilla en la salsa, degustando lentamente, y tomó el atole sin decir ni una palabra ni comunicar ningún gesto de aprobación o desaprobación.

Al terminar, le dio gracias a la nuera haciéndole la señal de la cruz sobre su frente y continuó acostado.

Entonces le tocó a ella hincarse frente a su suegra y darle los alimentos y la bebida de pinol o pinole. La señora comió también en silencio y lentamente, degustando lo preparado por su nuera hasta que terminó su atole y sus tortillas, sin dar la menor muestra de agrado o desagrado. La joven esposa estaba preocupada y nerviosa porque no sabía si había hecho todo tal y como se indicaba en el ritual del casamiento y si sus suegros estaban complacidos.

Recogió los trastos del lado de su suegra, mientras ésta también le hacía la señal de la cruz con su mano en la frente y le daba las gracias, y ya disponiendo a retirarse les dijo, tal y como le había enseñado su abuela que debía decirse en ese momento: “Gracias, papá, gracias, mamá, por recibir los sagrados alimentos de mis humildes manos; ojalá hayan sido de su agrado”.

Al llegar a la puerta de la habitación, la voz de la suegra la detuvo diciéndole: “Muchas gracias, hija. Vemos que has sido sabia y humilde al levantarte a preparar nuestros alimentos. Veo que te han enseñado bien en tu casa, el atole estaba bien hecho, las tortillas eran del tamaño que se hace para estas ocasiones. Tu trato con nosotros ha sido humilde y sencillo. Recibe el cariño de tus nuevos padres y recibe nuestros agradecimientos. Puedes volver con tu esposo a dormirte y levantarte a la hora que quieras. No te preocupes, nosotros seguiremos con la fiesta”. Y fue cierto porque la fiesta de esta boda que se relata duró dos días enteros con sus noches.

Cuarenta años después, lo ceremonial aún continuaba fuertemente arraigado en la sociedad k'iché de Quetzaltenango. Si bien el episodio de la sábana nupcial ya había sido eliminado, el resto del ritual se mantenía. Fue así como, quien escribe, tuvo ocasión de ser madrina de boda civil de una pareja de jóvenes k'ichés de familias prominentes en donde se pudo apreciar en todo su esplendor la fuerza de tan milenaria cultura. Sin embargo, ya no se hacían las pedidas que se efectuaban cuarenta años atrás, pues ya en esos años los noviazgos eran más permitidos y las jóvenes k'ichés de los setenta tenían más libertades y gozaban mucho más de la confianza de sus padres. En esa ocasión la pareja se casó por las tres leyes: la ley civil ante el Estado guatemalteco, la ley religiosa católica y la llamada “costumbre”, que era directamente la fuerza de la sociedad maya que legitimaba a través del ritual un nuevo hogar y el establecimiento de una nueva pareja.

No obstante que las pedidas ya no se hacían, sí se hizo una reunión preparatoria en donde tanto padrinos como padres y novios se pusieron de acuerdo en ultimar todos los detalles de las tres ceremonias. Para la boda civil se recurrió a los servicios de un abogado k'iché

quetzalteco y fue celebrada con todo lujo y elegancia en la sala familiar de los padres del novio. En esa ocasión, el ceremonial fue casi idéntico a los de los matrimonios civiles mestizos, cena con los principales invitados y los testigos, firma del Acta de Matrimonio y la consiguiente celebración acompañada de música de marimba.

En la ceremonia religiosa se contó con la presencia de distinguidas parejas de esposos, sentados en los primeros lugares de la iglesia, junto a los padrinos de ambas ceremonias, y la misa transcurrió convencionalmente, no así a la salida, en donde, como marcaba la tradición, el cortejo encabezado por los recién casados se dirigió a pie hasta la casa de los padres de la novia en donde se iba a celebrar la *costumbre*. Al aparecer a la distancia el cortejo, los jóvenes de ambas familias se dispusieron a quemar una gran cantidad de bombas voladoras, que comunicaban a toda la ciudad que ya los novios habían cumplido con los poderes convencionales, y que iban a realizar el verdadero ritual que los convertiría en esposos ante el núcleo k'iché. Al entrar, la música de marimba entonó un son tradicional y los jóvenes se dirigieron a la sala principal, donde estaban las señoras de la comunidad esperándolos.

Hincados en dos reclinatorios y frente a las imágenes católicas familiares, los jóvenes fueron recibiendo consejo de parte de todos los presentes. Esta ceremonia duró aproximadamente hora y media, ya que todos querían aconsejarlos de la mejor manera, partiendo de sus propias experiencias personales. Y frente a todos, tanto los padres de los novios como los padrinos de las dos ceremonias se dieron el abrazo k'iché, un abrazo cruzado dado dos veces, donde se rubrica el compadrazgo que significa un serio compromiso social frente al resto de la comunidad y en el que todos tienen que apoyar, aconsejar y orientar a los jóvenes que empiezan la difícil tarea de entenderse y fundar una familia, condición de compadrazgo que también es compartida por todos los presentes. Fue ahí donde el tartulero describió paso a paso el ritual para satisfacción de los adultos y conocimiento de los jóvenes. Y al terminar de dar su consejo todas las parejas presentes, se les permitió a los recién casados sentarse e ir recibiendo los respectivos presentes. El *Kamal B'e* entonces anunció con voz estentórea: “¡Atención, atención, que viene el cariño de los compadres...!” Y era una joven soltera, luciendo su regio traje k'iché la que entraba a la habitación con un canasto tapado con una servilleta ceremonial en donde iba el *cariño de los compadres*: la famosa Reliquia, en la cual, entre panes y gallinas preparadas, no podía faltar una dotación de licor de Indita Quetzalteca para brindar.



Figura 3. Señorita maya k'iché de Quetzaltenango luciendo el traje ceremonial en todo su esplendor.

El *cariño de los compadres* es la fórmula establecida para pedir a los invitados que brinden por los anfitriones, en señal de la aceptación que hacen del compromiso que han llegado a presenciar. Por parte de las familias anfitrionas, ese día *se hacen compadres*², tanto suegros como consuegros y padrinos y abuelos, por lo que brindar oficializa ante la comunidad ocasión tan señalada. De ahí que el tartulero repetía continuamente: “Señores, hagan el favor de recibir el cariño de los compadres”, lo que significaba “hagan el favor de recibir el agradecimiento de los que hoy se han reconocido públicamente como compadres ante todos ustedes, para lo cual se bebió la Indita, para confirmarlo oficialmente”.

Las bebidas ofrecidas en la *Reliquia* las fue abriendo el copero³, otro de los personajes designado para atender a los invitados, y se sirvió en pequeños vasitos de vidrio haciendo los brindis correspondientes. El *Kamal B'e* rogaba a los invitados que por favor

² *Hacerse compadres* es un compromiso para toda la vida y aun después de ésta. Inclusive si el matrimonio llegara a disolverse, los padres seguirían siendo compadres porque es un compromiso cuya base es el respeto a la institución del matrimonio y a la persona misma.

³ El copero será el encargado de recibir, ordenar, distribuir y redistribuir los licores. Debe permanecer absolutamente sobrio porque es un prestigio para las familias si se emborracha.

“recibieran el cariño de los compadres”. A continuación el ritual se complementó con el baile del son ceremonial, interpretado en marimba. Con tal objeto se quedaron las mujeres en la sala donde estaban las imágenes católicas pertenecientes a la familia del novio, y los hombres se trasladaron a otra sala donde ellos también tendrían que bailar.

Fue el momento en que madre, suegra, madrinas y abuelas formadas a lo ancho de la sala invitaron a bailar a todas las señoras presentes y nadie se podía negar, a menos que estuviese en silla de ruedas o recientemente operada, porque semejante desaire rompía con todo el ceremonial establecido. Entretanto, las invitadas a bailar se colocaron en el extremo de la sala, en la misma posición. Entonces las principales de la familia, con las manos entrelazadas y puestas sobre el vientre, caminaron hacia las invitadas a bailar en ese momento y les dieron la mano a todas, una por una, dándoles las gracias. Luego, levantando su mano derecha, se dirigieron al resto de las invitadas y dijeron “con permiso, con permiso”, y comenzaron a bailar el son ceremonial de regreso a su posición original. Luego bailando rítmica y acompasadamente se encaminaron nuevamente hacia las invitadas. Este movimiento lo repitieron dos veces y luego volvieron a su lugar original, dándoles a todas las invitadas las gracias.

Seguidamente, fueron las invitadas las que ejecutaron el baile de la misma manera y al finalizar dieron las gracias, retirándose a las sillas donde estaban anteriormente sentadas. Nuevamente, las principales invitaron a otras señoras a bailar y así sucesivamente bailaron con todas y cada una de las invitadas. Lo propio se repitió en el salón de los caballeros, hasta que todos los invitados bailaron. En el caso de los hombres, al bailar colocaban las manos entrelazadas atrás del cuerpo. El baile, tanto de hombres como de mujeres, duró cerca de cuatro horas debido al número de invitados. Al finalizar éste, el *Kamal B'e* anunció que se iba a servir la comida ceremonial.

Aquí es interesante consignar un dato: a las señoras se les sirvió en enormes escudillas con suficiente número de tamalitos, costumbre local donde se sustituyen las tradicionales tortillas por tamales de masa de maíz, de pequeño tamaño. Esto porque las mujeres trabajan siempre bastante y apoyan en todas las actividades. A los hombres se les sirvió en pequeñas escudillas y un escaso número de tamalitos, porque no ayudaban mucho y siempre esperaban ser atendidos.

Al terminar el baile, la marimba fue tapada y se pusieron discos de moda para que los jóvenes bailaran a

la manera occidental. Al llegar el anochecer, el *Kamal B'e* y el copero ingresaron a la recámara nupcial, acompañados de las principales familiares de los novios, quienes se arrodillaron a los pies de la cama matrimonial en señal de respeto a los presentes. Cada una de las familiares (madres, madrinas, abuelas, tías) se acercó a la cama e hizo la señal de la cruz en cada uno de los lados de la cama bendiciendo lo que iba a acontecer en ella. Entretanto, el copero sirvió abundante licor a las señoras presentes y a los novios, mientras cada una de ellas volvía a darles otros consejos a los contrayentes, explicándoles que iban a necesitar mucho cariño, mucha paciencia y mucho respeto para consolidar su hogar. Al concluir esta ceremonia, el tartulero anunció a quienes estábamos en dicha habitación que habían llegado los objetos que formaban la dote de la nueva esposa y los principales regalos que habían recibido.

Según Margarita Menegus (2009), la práctica española de la dote se introdujo también en los matrimonios indígenas. A la dote la integraban no solo sitios de estancias con sus tierras de riego, casas y corrales sino también los animales que pastaban en ellas, entre los que pudiesen contarse bueyes y vacas de vientre, así como granos y productos de la tierra. La autora citada menciona también que la dote estaba integrada por:

“un número variado de ropas de vestir y de cama: dos camisas de rúan florete labradas, una de seda y otra morada, dos sábanas de ruán florete, una enagua de sarga azul, una cobija de cambay, dos huipiles, una colcha de Xilotepec de algodón blanco y lana encarnada, dos frazadas carneras... (entre otras cosas)” (Menegus 2009: 518).

Pero además mencionaba otras propiedades muebles, como las siguientes:

“Para amueblar la casa se anota un escritorio de Michoacán con llave, un lienzo de San Pedro de Alcántara y un cuadro de Nuestra Señora de los Remedios con su marco negro, una mesa y dos bancas de madera, 12 tazas de China, 24 paños para chocolate y otro paño grande labrado en seda, una espada y una daga” (Menegus 2009: 518).

En este matrimonio que aquí se comenta, la abuela de la novia dispuso heredarle su metate dentro del menaje de la dote, el que a su vez, había heredado de su abuela. Se trataba de un metate que databa aproximadamente de 1850, algo que lo revestía de una trascendencia

impresionante porque la novia se dedicaba a preparar y vender chocolate en diversas formas como parte de la tradición familiar heredada de su propia madre y de su propia abuela, pero además heredada de la tradición que tienen todas las mujeres quetzaltecas, en su mayoría poseedoras de negocios, empresas o propiedades, que las hacen ser, en buena medida, independientes.

Entretanto, el tartulero hizo mención de que los padrinos de la ceremonia religiosa católica les regalaban el menaje completo de la habitación nupcial y los padrinos del casamiento civil, el del comedor. La dote era impresionante ya que, aparte del metate en mención, iban completos ocho trajes quetzaltecos nuevos, cada uno con un valor aproximado de unos doscientos dólares de la época⁴, ocho gabachas para hacer el oficio, aparte de cuatro perrajes finísimos, de casamiento y de luto, listones, una batería de trastos de cocina nuevos con treinta elementos en total, cinco vajillas de loza y cristalería, licuadora, plancha eléctrica, hornito, estufa moderna, refrigeradora, lavadora y secadora, para facilitar las tareas de la casa, así como trastos de barro y utensilios de madera para utilizarlos en las ceremonias tradicionales.

También se dio lectura a las propiedades heredadas a la novia que consistieron en 80 cuerdas de tierra en Llano del Pinal y dos casas en el barrio indígena de Las Flores, en el centro de Quetzaltenango, todas ellas propiedades heredadas por la madre y la abuela a la novia. El desfile de objetos que se depositaban en la amplia estancia alrededor de la cama era impresionante. Las solteras eran las encargadas de presentar partes de la dote, mencionando en voz alta en qué consistía cada objeto, entre tanto los jóvenes solteros, frente a la puerta, mostraban los aparatos eléctricos nuevos que se le daban a la joven pareja.

En esta boda, la mayoría de los regalos significativos e importantes continuaban formando parte de la tradición cultural k'iché, con lo que la pareja fundamentaba sus raíces y sustentaba su formación cultural tradicional, mientras que modernidad y tradición no reñían porque los primeros pasaban a formar parte de los últimos para hacer más agradable la vida matrimonial.

Al concluir esta ceremonia, denominada “la adurmecida”⁵, escanciada constantemente con vasos de pequeño tamaño llenos de “Indita Quetzalteca”,

⁴ Esta boda fue celebrada en 1973. En ese entonces, la moneda guatemalteca estaba a la par del dólar, por lo que puede hacerse un estimado de unos mil seiscientos dólares solo en ropa nueva para la novia. Cada traje consistía en un huipil de lujo, un corte (falda), una faja (que se usa a manera de cinturón) y un perraje o rebozo de lujo.

⁵ Probable corruptela del término “adormecida”, que significaba la primera noche de los nuevos esposos.

las madres de los novios cerraron la puerta y la fiesta continuó hasta la mañana siguiente, en que se sirvió a cada invitado una escudilla llena de caldo de gallina para despabilarse y continuar con el festejo.



Figura 4. Boda de la familia maya k'iché De Paz. Quetzaltenango, Guatemala.

A eso de las diez de la mañana la puerta se abrió y la sonriente joven esposa, elegantemente vestida, llegó al salón donde estaban las imágenes familiares, se hincó en el reclinatorio y agradeció en silencio por haber llegado a la mañana siguiente “como debía ser”. Es decir, que se concluía todo el ritual de acuerdo a lo establecido en el protocolo k'iché, y no había nada que la comunidad pudiera reclamar o criticar. Del episodio de la sábana con sangre, ya en la década de los años setenta del siglo XX, no quedaba el menor recuerdo, únicamente perduraba en las antiguas generaciones de quetzaltecos.

Conclusiones

Las bodas han sido siempre un termómetro con el que se pueden observar permanencias o transformaciones culturales en todos los grupos humanos. En el caso de dos bodas en Quetzaltenango con una diferencia en tiempo de casi treinta años, puede observarse que las costumbres se conservaron básicamente.

La presencia del *Kamal B'e* como parte imprescindible del ceremonial del Tzonoj o pedida se mantuvo y también la fuerza de la comunidad femenina y su siempre presente compromiso para mantener la cultura.

Independientemente del nivel social y económico de los contrayentes, puede afirmarse que varios valores

se mantuvieron hasta los años setenta. Entre estos podemos mencionar:

1. La ética en la conservación de la cultura, lo que popularmente se llama “vergüenza”, que no es más que la fuerza del pudor colectivo con que se mantienen las tradiciones.
2. El sentido colectivo del trabajo y la preocupación por que en los acontecimientos se cumpliera todo el protocolo establecido.
3. El honor con que se comprometían las personas como compadres, lo que no era solo una convención social, sino un compromiso mantenido consistentemente de por vida.
4. El sentimiento de que el trabajo debía ser colectivo porque colectiva era la responsabilidad de que el acontecimiento fuese todo un éxito y fuesen recordadas las personas como las que cumplían con todo lo establecido.
5. La flexibilidad para aceptar la irrupción de la modernidad pero sin olvidar las tradiciones y las condiciones que imprimía el protocolo a las bodas

En tal sentido puede afirmarse que, a través de cuarenta años, las modificaciones sufridas en las ceremonias matrimoniales han sido pocas, gracias a la vitalidad que mantuvo la cultura k'iché. Valdría la pena, cuarenta años después, y en esta sociedad guatemalteca de posguerra, en este nuevo siglo XXI, explorar cómo la posmodernidad y la globalización las han alterado o bien cómo se mantienen, pese a las presiones culturales del mundo occidental.

Bibliografía

- Gonzalbo Escalante, Pablo
2009 “Presentación” en *Historia de la vida cotidiana en México. Tomo I*. COLMEX y FCE. México.
- MacLeod, Morna y María Luisa Cabrera Pérez-Armiñan (Compiladoras)
2000 *Identidad: Rostros sin máscara (Reflexiones sobre cosmovisión, género y etnicidad)*. Oxfam-Australia, Guatemala.
- Menegus, Margarita
2009 “La nobleza indígena en la Nueva España: circunstancias, costumbres y actitudes”, en *Historia de la vida cotidiana en México. Tomo I*. COLMEX y FCE. México.

PROTOCOLO Y RITUAL EN QUETZALTENANGO

Pu Tzunux, Rosa

2007 *Representaciones Sociales Mayas y Teoría Feminista.*
Iximulew.

Velásquez Nimatuj, Irma Alicia

2002 *La pequeña burguesía indígena comercial de Guatemala: desigualdades de clase, raza y género.*
Editorial Cholsamaj. Guatemala.

*D
o
s
s
i
e
r*